

grados, ni restablecer el censo. En tales dudas, encontróse lo que Montalembert denominó ingenuamente la salida del domicilio y á ella se precipitaron los conservadores. La salida era, en verdad, algo estrecha, pero la ensancharon cuanto pudieron y al ensancharla persuadieron, con la mayor buena fe del mundo, de que la Constitución quedaba defendida. Impusieron condiciones de domicilio exorbitantes y se agravaron estas exigencias con los mismos modos de prueba de ese domicilio. He aquí explicados en pocas palabras el origen histórico y el carácter de la ley.

Veamos ahora cómo debía ser apreciada esta ley en sí misma.

Sería ciertamente injusto repetir las calumnias que la prensa democrática prodigó entonces á los jefes de la mayoría. Las intenciones de éstos eran rectas, y en vez de querer disminuir ó confiscar las libertades públicas, como afirmaban sus acusadores, tenían más bien empeño en fortalecerlas y ampararlas. Su experiencia les demostraba claramente que el sufragio universal sin regla, sin limitación, no es otra cosa que la ciega ley del número, es decir, el instrumento más propicio al despotismo, y desde este punto de vista su propósito era patriótico y honrado, tanto más cuanto que en él aventuraban su popularidad.

Rendido este tributo á la lealtad de sus intenciones, no cabe desconocer que la empresa era á la vez de legalidad equívoca y de dudosa eficacia. Era de legalidad equívoca, porque si bien respetaba la letra de la Constitución no puede sostenerse que respetara de igual modo su equívoco, puesto que el domicilio trienal y las condiciones de prueba del mismo tenían por objeto alejar de las urnas electorales á muchísima gente á quien la Constitución había concedido el derecho de sufragio. Era además de eficacia dudosa, porque si excluía á los vagabundos, excluía también á una multitud de honrados indigentes y procedía algo á ciegas descartando de una misma plumada al obrero nómada de las humildes posadas parisienses y al labriego pobre del campo. M. Guizot, que entonces habitaba en Normandía y seguía con atención profunda el movimiento de la política, comprobaba que en las ciudades de su provincia los electores suprimidos eran en su mayor parte rojos, pero que en las aldeas, por el contrario, veíanse privados del voto muchos hombres de moralidad intachable (1). Esta observación habría podido generalizarse y ser aplicada á toda Francia.

(1) Carta de M. Guizot á M. Piscatory, de 8 de julio de 1850. *Lettres de M. Guizot à sa famille et à ses amis*, pág. 280.

Los autores de la ley eran demasiado ilustrados para no comprender esta imperfección de su obra: colocados entre la Constitución, que tenían el honrado escrupulo de querer respetar, y el sufragio universal, que les inspiraba legítimas inquietudes, caminaban por una senda estrecha y algo tortuosa en la que no se sentían á gusto; de aquí su irritabilidad y su empeño en desviar el debate, en elevarlo, en generalizarlo, en convertirlo en duelo supremo entre el orden y el socialismo; y de aquí, sobre todo, su precipitación para que el proyecto fuese votado, y lo fuese sin enmienda, como si presintieran que el más pequeño menoscabo había de derribar el frágil y artificial edificio creado por su impotente circunspección.

Una vez votada la ley, todo el partido democrático acogió con un recrudescimiento de cólera aquella mutilación del sufragio universal; no recurrió, sin embargo, á la insurrección, como se había afirmado, y se reservó, según dijo, para 1852, con lo que dió prueba de prudente, pues el gobierno estaba apercebido, y también de buen sentido, ya que sabía perfectamente que la nación no estaba á su lado. En la discusión misma uno de los recientemente elegidos, el ex deportado Flotte, así lo había confesado ingenuamente: «¿Qué haríamos del poder?, dijo... ¿Qué haríamos de él enfrente del país que todavía no comparte nuestras convicciones (2)?» Esta moderación relativa no fué del agrado de los montañeses de Londres. El *Nouveau Monde*, periódico de Luis Blanc, criticó aquellas resoluciones tímidas.

En cuanto á la mayoría, aparte de algunos legitimistas, había respetado hasta el fin la consigna de sus jefes. Sin embargo, una vez inserta la ley en el *Monitor*, como la disciplina no encadenaba ya las apreciaciones, se desataron las lenguas, y se hicieron después del escrutinio todas las reflexiones que nadie se atrevió á hacer antes. Algunos, y no de los menos inteligentes, empezaron á manifestar que sentían su victoria, á menospreciar la obra común, como si no hubiese tomado parte en ella, y se preguntaron si no vendrían á redundar con el tiempo en perjuicio de ellos. Su previsión no les engañaba. Aquella ley votada, no con reflexión, sino con ira, tuvo la suerte de esas construcciones demasiado atropelladas que no inspiran confianza ni siquiera á sus arquitectos, que se hundían antes de inaugurarse, y que, para colmo de fatalidad, aplastan en su caída á sus propios obreros.

(2) *Monitor* de 1850, pág. 1813.

LIBRO DÉCIMOSÉPTIMO

EL CONFLICTO

- SUMARIO: I.—Desde el 31 de octubre habían surgido numerosos disonamientos entre Luis Napoleón y la Asamblea. El Napoleón; el proyecto de ley sobre los sargentos; la deportación á Argel; el nombramiento de alcaldes.—Cómo la ley de 31 de mayo, presentada y defendida de común acuerdo, parece propia para restablecer y estrechar la alianza; cómo sucedió lo contrario.—Las diferentes evoluciones de la política del presidente de la República francesa.—Se acerca el período de los conflictos entre los dos poderes.
- II.—La dotación del presidente: proyecto de ley que aumenta los gastos de representación del jefe del Estado; objeciones; discusión agria; intervención de Changarnier en favor de la proposición gubernamental; votación del proyecto por una pequeña mayoría.—Leyes de defensa social; ley sobre los clubs; ley sobre la deportación; ley de imprenta; la firma obligatoria.—Rivalidad cada vez más acentuada entre Luis Napoleón y la Asamblea; proceso del diario *Le Pouvoir*, nombramiento de la comisión permanente y elecciones poco favorables al Elíseo. Artículos del *Moniteur du soir*.—Se suspenden las sesiones de la Asamblea hasta 11 de noviembre: los partidos dinásticos y el mismo presidente de la República se proponen utilizar en beneficio de su propia causa el período de la suspensión.
- III.—El conde de Chambord: actitud poco activa del partido legitimista durante los últimos años del régimen de Julio; los representantes realistas son muchos en la Asamblea constituyente y aún más en la Asamblea legislativa.—El rey Luis Felipe en Claremont; apuros de la familia real durante los primeros tiempos de su destierro.—La fusión: en qué consiste. M. de Salvandy, M. Guizot. Sentimientos del rey Luis Felipe y de su familia; sentimientos del conde de Chambord.—El conde de Chambord en Wiesbaden, en 1850: recepciones; condenación de las doctrinas de llamamiento al pueblo; muerte de Luis Felipe; conmovedor homenaje tributado por la opinión pública á las altas dotes de este monarca. Probabilidades de éxito de la fusión: circunstancias diversas que parecen coadyuvar á este éxito: en el entretanto, carta de M. de Barthelemy y desastrosa publicidad que se le da; esfuerzos para dulcificar los efectos de esta carta. M. de Saint-Priest. Nota de M. Guizot; discurso de Berryer; carta del conde de Chambord á M. Berryer. Cómo el aplazamiento de la proposición Cretón hace nacer las disidencias: los proyectos de fusión no se realizan ni se abandonan.
- IV (*Extracto del texto de La Gorce*).—Luis Napoleón: cómo emplea el tiempo de la suspensión de sesiones.—Su viaje al Este; recibimiento en Borgoña, estancia en Lyon y discurso en las Casas Consistoriales; incidentes de Besanzón; Estrasburgo; regreso á París.—Viaje del presidente de la República á Normandía: discurso de Caén; discurso de Cherburgo.—Resultado de los viajes de Luis Napoleón; habilidad calculada de su lenguaje: de qué modo tiende á dar á su papel mayor amplitud y cómo las poblaciones le estimulaban á ello.
- V (*Extracto del texto de La Gorce*).—Luis Napoleón de regreso en París: cómo después de haber tratado de atraerse á las masas procura conquistar el ejército; su afectada solicitud por las cosas militares; revista de Saint-Maur, incidentes; revista de Satory, incidentes más graves: gritos proferidos por los soldados en armas, prodigalidades dispensadas á las tropas. La comisión permanente se alarma: pide explicaciones; lenguaje del general d'Hautpoul; intervención de Changarnier. Aumentan las aprehensiones después de la revista de Satory: diversas resoluciones propuestas; moderación de la comisión.—Manejos del partido bonapartista; la sociedad del *Diez de Diciembre*, la *Era de los Csars*; lenguaje de los periódicos del Elíseo.—Changarnier: su situación excepcional; su actitud; cómo se fijan en él todas las miradas y llega á ser, en el conflicto que se acentúa, el general del Parlamento.—Proyecto del general d'Hautpoul; cómo no es aceptado. El general Schramm, ministro de la Guerra. Desgracia del general Neumayer; causa de esta desgracia, y cómo esta medida afecta al general Changarnier.—Reunión de la comisión permanente; sus inquietudes. Orden del día de Changarnier. El agente de policía Allais; sus relaciones con el comisario de policía Yon. Supuesto complot de la calle de las Saussayes; extraña mixtificación. Con qué habilidad la prensa bonapartista explota el asunto Allais-Yon contra la comisión permanente.
- VI (*Extracto del texto de La Gorce*).—El mensaje de 12 de noviembre; su carácter conciliador. Tregua entre el presidente y la Asamblea; recíprocos testimonios de buena inteligencia.—Ojeada sobre la obra económica de la Asamblea legislativa. La comisión de asistencia; sus trabajos; benéfica influencia de M. Armando de Melún. Dictamen de M. Luis Adolfo Thiers. Leyes y proyectos varios: viviendas insalubres; cajas de retiro; jóvenes detenidos; matrimonio de los indigentes; asistencia judicial; contratos de aprendizaje.—Algunas modificaciones introducidas en el Código civil. Materias diversas: curso de los billetes de banco; telegrafía privada; ferrocarriles.—Cómo puede esperarse una inteligencia duradera á pesar de ciertas huellas de las antiguas contiendas.
- VII (*Extracto del texto de La Gorce*).—Renace la guerra en el momento en que se esperaba la paz. El diario *La Patrie* y las supuestas instrucciones del general Changarnier. El príncipe Napoleón en la Asamblea. Victoriosa respuesta del general Changarnier.—Dimisión del ministerio; sorpresa; rumores varios; cuál noticia se sobrepone á todas las demás.—Entrevistas de Luis Napoleón con los jefes de la mayoría; su firme propósito de desembarazarse de Changarnier; desgracia del general. Formación de un nuevo gabinete compuesto con los restos del antiguo.
- VIII (*Extracto del texto de La Gorce*).—Impresión que estas medidas producen; extremada irritación en la mayoría parlamentaria. Moción de M. de Remusat; en qué consiste.—Cuál es la perplejidad de los individuos nombrados para formar la comisión; resoluciones adoptadas por ésta.—Discusión pública: M. Berryer, M. Thiers; *el imperio está hecho*. Cómo toda la cólera y todas las amenazas de la mayoría se reducen á una orden del día de desconfianza contra el gabinete.—Quiénes son los verdaderos vencedores y los verdaderos vencidos.—Formación de un ministerio extraparlamentario.
- IX.—Período de perturbación y de anarquía parlamentarias. Peligros de toda clase á que está expuesta la Asamblea.—Continuación de la lucha entre Luis Napoleón y la representación nacional. Es rechazada una petición de suplemento de dotación.—Incidentes varios: fraccionamiento de los partidos; competencias cada vez más ardientes.

I

Sucede á veces en las relaciones humanas que el momento de la unión más estrecha es también el en que se preparan las discordias y las desconfianzas; y así fué entre la Asamblea y el presidente. La ley de 31 de mayo que era su obra común parecía unirlos entre sí para siempre: comprometidos por igual ante la demagogia, no les quedaba, al parecer, otro recurso que coligarse para la defensa social; pero esta previsión resultó ilusoria y la aparente intimidad de los dos poderes hizo aún más ruidosa su separación.

En verdad, habían podido observarse, después del mensaje de 31 de diciembre, varios síntomas de los cuales se desprendería la existencia de dos políticas distintas, practicada la una en el Parlamento y favorecida la otra abiertamente ó en secreto por el príncipe. En el mes de enero de 1850 habíase fundado el *Napoleón*, diario oficioso de la presidencia, que se complacía en burlarse de las antiguas rutinas constitucionales y se lamentaba de la movilidad del régimen, como si con ello quisiera brindar á las almas un estado más estable. La Asamblea, por su parte, no escatimaba los sarcasmos al gabinete del 31 de octubre que, según las promesas del mensaje, había de inaugurar una *política de acción*.

Los incidentes de la vida parlamentaria habían puesto al descubierto, en más de una ocasión, el espíritu invasor del poder y las susceptibilidades de la representación nacional. Habiendo presentado el ministro de la Guerra un proyecto de ley que aumentaba en veinte céntimos diarios el haber de los sargentos, la Asamblea había visto en esta moción el deseo de captarse el favor del ejército, y por esto la comisión nombrada habíase apresurado á absorber el proyecto ministerial en un contraproyecto que hacía extensivo el beneficio del aumento de haber no sólo á los sargentos, sino que también á los cabos y soldados reenganchados.

El espíritu de oposición recíproca habíase revelado igualmente con motivo de la presentación de una proposición de ley que señalaba la Argelia como residencia de los deportados de Junio. En el momento mismo en que tal proposición se presentaba, el presidente acababa de reducir, por medio de indultos individuales, á quinientos el número de deportados; era, pues, evidente que el príncipe quería echar sobre el Parlamento la responsabilidad de los rigores y atribuirse á sí mismo el fácil mérito de la indulgencia. Los representantes tuvieron empeño en demostrar que veían el lazo que se les tendía; el general Lamoricière presentó una enmienda pidiendo que las medidas de indulgencia, en lo que se refería á los deportados de Junio, fuesen sometidas á la ratificación de la Asamblea, y un diputado, M. Kerdrel, llegó hasta á acercarse al banco ministerial, y encarándose con el ministro del Interior, le dijo: «Espero que después de la votación no querrá el presidente hacer, por medio de las gracias otorgadas, popularidad en detrimento de la Asamblea (1).» Por aquel mismo entonces, Luis Napoleón había pensado en centralizar más estrechamente en sus manos la centralización, y de aquí la presentación de un proyecto de ley sobre los alcaldes.

(1) Barrot, *Mémoires*, tomo IV, pág. 18. *Monitor* de 1850, página 252.

Desde el año 1848, los alcaldes de los municipios de menos de seis mil almas eran elegidos por el consejo municipal; á los demás los nombraba el poder; pues bien, la nueva proposición tenía por objeto resucitar la ley de 1831 y conferir al gobierno la elección de todos los magistrados municipales sin distinción; pero la Asamblea no se prestó á este aumento de atribuciones y poco tiempo después se negó á incluir en la orden del día el proyecto ministerial.

A pesar de este cambio de procedimientos poco amistosos, sólo había aflojamiento en la alianza, no hostilidad. ¿Por qué la ley de 31 de mayo, que parecía indicar el olvido de los pasados disentimientos y ser prenda de unión para el porvenir, se convirtió, por el contrario, en punto de partida de la ruptura?.. Lo cierto es que en lo sucesivo y sin perjuicio de inteligencias pasajeras, la separación será completa. En las relaciones entre el Elíseo y el Palacio Borbón se habían podido distinguir hasta entonces dos períodos: en el primero, que había durado hasta la caída del ministerio Odilón Barrot, el príncipe había gobernado con la ayuda del ministerio parlamentario y se había subordinado al Parlamento; en el segundo, que duraba desde 31 de octubre, Luis Napoleón había escogido un ministerio *personal*, pero, sin dejar de hacer una distinción entre su causa y la de la Asamblea, había mantenido la buena armonía con ésta, por lo menos en las grandes líneas de su política. Ahora, empero, se abre un tercer período, el *período de los conflictos*, durante el cual veremos al presidente desenvolver sus verdaderos propósitos: primero se dará á conocer al pueblo y al ejército por medio de viajes aparatosos ó ruidosas revistas, y después desarmará al Parlamento privándole del general por él elegido. Y una vez conseguido este primer resultado, se dedicará á dividir mediante artificiosas proposiciones el haz de la mayoría, y para mejor asegurar su obra, desacreditará la representación nacional evocando contra ella la misma ley de 31 de mayo que acaba de promulgar, si bien la Asamblea, dicho sea en honor de la verdad, se prestará admirablemente con sus faltas á su propia servidumbre. Por último, cuando todo estará á punto, el príncipe no tendrá que hacer más que derribar con un golpe de fuerza el poder de su rival, y así lo hará á los ojos del pueblo engañado ó estupefacto, que aprobará su conducta ó permanecerá indiferente. Este triste período de recriminaciones y de luchas es el que nos falta ahora reseñar.

II

La batalla se trabó por una mezquina cuestión de dinero.

La Constitución había fijado en seiscientos mil francos la dotación anual del presidente de la República, y un decreto de 12 de marzo de 1849 le había asignado otra cantidad igual para gastos de representación. En un país habituado á las costumbres republicanas, esta asignación total de un millón doscientos mil francos hubiera debido parecer suficiente, y lo era tanto más cuanto que el presupuesto había proveído generosamente al conveniente arreglo del palacio del Elíseo y á la organización de los servicios civiles y militares de la presidencia; lo era sobre todo si se tiene en cuenta que el minis-

tro del Interior pagaba sin dificultad los bonos librados por Luis Bonaparte para ciertas obras de beneficencia, que en un año habían importado ciento cincuenta mil francos. Pero Francia, al adoptar las instituciones republicanas, había conservado las tradiciones monárquicas y el jefe del Estado seguía siendo para ella el dispensador de todos los dones. Luis Napoleón se sentía más inclinado á acreditar estos hábitos que á desarraigarlos: su generosidad natural le impelía fácilmente á las liberalidades excesivas, y la preocupación de su buen nombre, su deseo de popularidad y sus aspiraciones, reñadas, pero persistentes, al poder supremo, todo le invitaba á obrar como príncipe más bien que como magistrado electivo y temporal. Sencillo y poco exigente para sí mismo, estaba, sin embargo, rodeado de una corte de amigos necesitados, amantes de los placeres y ávidos de fortuna, amigos cuyas prodigalidades y desvarios toleraba tanto por indulgencia ó debilidad cuanto por cálculo. Con tales disposiciones, y sobre todo con tales compañías, pronto se agotaron las consignaciones del presupuesto, y en tan apurada situación resolvióse poner á prueba la buena voluntad de la Asamblea, á cual efecto el ministro de Hacienda, M. Fould, presentó un proyecto de ley que aumentaba en dos millones cuatrocientos mil francos los gastos de representación, lo que hacía ascender á tres millones seiscientos mil francos la cifra total de la dotación del presidente.

Suponíase que el proyecto sería combatido, y en efecto formuláronse en seguida contra él violentas objeciones. Los más desconfiados temían que se quisiera restablecer una casi monarquía y que después de esta petición de créditos viniera una petición de prórroga del poder; y los más previsores recordaban cuánto habían debilitado el gobierno del rey Luis Felipe los debates sobre las dotaciones. Los representantes que se inclinaban á un voto favorable explicaban su adhesión por motivos más ofensivos aún que una negativa, pues decían que «convenía acudir en auxilio de la miseria del príncipe, no debiendo consentirse que las puertas de la casa de Clichy se cerraran tras el elegido del 10 de diciembre. Se nos echa en cara, añaden irónicamente, nuestra indiferencia por las cuestiones económicas y las miserias sociales; ahora, á lo menos, vamos á hacer una *ley de beneficencia* (1).» Bajo esta impresión fué nombrada la comisión que había de examinar el proyecto.

En la comisión reprodujéronse y se acentuaron estas apreciaciones. Adherirse á la proposición parecía un exceso de condescendencia; rechazarla se estimaba peligroso, y en esta perplejidad atóvose aquella á la resolución más impolítica. Era menester intimidar al príncipe con una negativa ó mover su corazón con una generosidad franca; mas en vez de optar por una de estas dos soluciones se adoptó una transacción consistente en conceder no los 2.400.000 francos pedidos, sino sólo 1.600.000 y concederlos como indemnización por los supuestos gastos de instalación de Luis Bonaparte, lo cual equivalía á decir al presidente que se consentía en pagar sus deudas, pero que era preciso que tal exigencia no se reprodujera. El ministerio se negó á suscribir tan humillante compromiso y M. de Mornay y M. de Creton dimitieron el cargo de ponente, haciendo en vista de ello

(1) Armando de Melún, *Mémoires inédites*.

M. Flandin el sacrificio de aceptar tan ingrata misión.

El dictamen agravó aún más la torpeza de la resolución misma, puesto que en él se insistía con mortificante premeditación en la extrañeza de la petición de créditos; se recordaba que el jefe del Estado, en una república, no debe considerarse á sí mismo como una segunda Providencia, y se mencionaban con afectación los numerosos bonos de socorro pagados por el ministerio del Interior. Todo contribuía á enconar y á empequeñecer el debate. La izquierda contemplaba con mal disimulado gozo estas primeras divisiones de la mayoría y ponía todo su empeño en avivarlas. «El príncipe no ha de ser el *lí-mosnero mayor* del pueblo, decía M. Mathieu de la Drome... Votar el crédito es *dar municiones al enemigo*.» Este lenguaje de la Montaña era escuchado sin disgusto por una parte de la derecha y la mayor incertidumbre reinaba acerca del resultado definitivo del debate.

Afortunadamente para la dignidad común del presidente y de la Asamblea, surgió entre ambos poderes un árbitro inesperado, el general Changarnier, quien, como muchos de sus colegas, sentíase disgustado por estas disensiones, preludio de discordias más graves. Impulsado por estas inquietudes, había visitado á monsieur Barrot, y después de una larga conferencia con él, había resuelto interponerse entre Luis Bonaparte y la representación nacional (2). Una enmienda redactada por M. Lefevre-Duruflé proponía que se consignasen 2.160.000 francos que unidos á los 340.000 ya votados en el capítulo de obras públicas formaban la cantidad pedida por el gabinete. El gabinete habíase apresurado á adherirse á la enmienda y entonces fué cuando Changarnier subió á la tribuna: «Comprendo, dijo, las desconfianzas de los partidos; pero cuando el gobierno ha hecho todo lo necesario para calmarlas, no me explico ciertas dificultades de forma. Si la discusión hubiera de limitarse á una sutileza de palabras, no tardaría en fatigar á la Asamblea y á mí me causaría profunda repugnancia. Si queréis dar, no regateéis. Pido encarecidamente á la Asamblea que abrevie este debate y admita la enmienda, aceptada ya por el ministerio.»

Aquella voz, tanto más poderosa cuanto que raras veces se dejaba oír, fué escuchada, y la proposición ministerial, modificada tal como hemos dicho, quedó aprobada, si bien lo fué sólo por 354 votos contra 308, lo cual indicaba la obstinación de ciertas desconfianzas. En aquella contienda, prefacio del largo duelo que se iniciaba, la Asamblea se había mostrado tal como será durante todo el conflicto, honrada siempre y casi siempre sincera, pero desdeñosa é impotente á la vez, cediendo á menudo, pero de mala gana, bastante hostil para irritar á su adversario, pero no bastante resuelta para reducirlo. El presidente salió de aquella primera escaramuza con todas las ventajas: en primer lugar, tenía el dinero; y en segundo, se lo daban con tan mala voluntad que ni siquiera debía pesar sobre él la molestia de la gratitud. En cuanto á Changarnier, muy pronto había de saber por experiencia que hay algo más peligroso que combatir á los príncipes, y es protegerlos.

La Asamblea reanudó su orden del día, es decir, aquellas medidas de defensa y represión social á las cuales se consagraba con un ardor rayano en pasión, y

(2) Barrot, *Mémoires*.

prorrogó por un año la ley de 1849 que confería al poder el derecho de prohibir los clubs y hacía extensiva esta prohibición á las reuniones electorales que pudieran comprometer la seguridad pública. Determinó el lugar y las condiciones de la deportación, y afirmándose más y más contra el espíritu revolucionario, rechazó toda demanda de pensión para los combatientes de Febrero y otorgó, en cambio, socorros á las familias de los defensores del orden muertos durante la insurrección de Junio. Finalmente votó una ley más importante, la de imprenta de 16 de julio de 1850, que contenía tres clases de disposiciones distintas: en primer lugar, restablecía la fianza (1); en segundo, restablecía el timbre haciéndolo extensivo á los escritos no periódicos sobre materias de economía política y social que no excedieran de tres hojas impresas, é imponiendo también un timbre de un céntimo á las novelas-folletines; y finalmente, obligaba á los autores de artículos políticos, filosóficos ó religiosos á firmar sus trabajos. Esta última prescripción, completamente nueva y tanto como nueva grave, había sido incluida en el proyecto por medio de una enmienda de M. de Laboulié y M. de Tinguy, y tenía por objeto desenmascarar á los aventureros de pluma que difamaban tras el velo del anónimo; pero, según confesión de todos los hombres que tenían la experiencia del periodismo, era más molesta que eficaz. Aquella ley, como la de 31 de mayo, fué votada con urgencia, tan grande era entonces el ardor por la represión.

Estas cuestiones, á pesar de su importancia, no borraban el recuerdo del conflicto inaugurado con el debate sobre la dotación. La animosidad subsistía, y si bien en las regiones oficiales se disimulaba bajo formas corteses y ambas partes protestaban de no abrigar la menor malevolencia, el lenguaje de la prensa bonapartista desmentía estas apariencias. Los periódicos del Elíseo echaban incesantemente en cara á la Asamblea sus veleidades, sus turbulencias y sobre todo su indiferencia por las cuestiones económicas. El día 15 de julio, uno de esos diarios, *Le Pouvoir*, se excedía fuera de toda medida en el ataque: «La Asamblea, decía, compromete el orden más bien que lo defiende, y se muestra tan ajena al espíritu político como al de los negocios... Y las gentes llegan á preguntarse si Francia no estará fatalmente condenada á las revoluciones mientras dependa de las asambleas... Hay mucho más orden y mucha más calma en el país que en el santuario legislativo. ¿En qué provincia, en qué ciudad son los ataques como en el Palacio Borbón? Créase que la Constituyente había llegado, al caer, al último límite del descrédito; pero la Asamblea actual parece destinada á rebasar este límite... Todo, al parecer, anuncia su fin próximo, porque todos sus actos son otras tantas abdicaciones.» La lectura de estas invectivas causó impresión profunda en el Palacio Borbón. M. Baze, uno de los cuestores y desde aquella época uno de los más ardientes adversarios del Elíseo, subió á la tribuna y pidió que el Parlamento, ejercitando el derecho que le confería la ley de 1822, mandara comparecer en juicio al gerente del periódico. Por su parte, el coronel Cha-

(1) La fianza había sido ya restablecida, bien que con carácter provisional, por el decreto de 9 de agosto de 1848, por la ley de 21 de abril de 1849 y por la de 27 de julio de 1849.

rras, que era uno de los más perspicaces republicanos, hizo observar con mucha claridad la lucha sorda entablada entre el jefe del Estado y la representación nacional, admirándose sobre todo que mantuviera á los propagadores de tales ataques en el disfrute del privilegio de la venta en la vía pública. Los ministros del Interior y de la Justicia, M. Baroche y M. Rocher, se apresuraron, como era de presumir, á desautorizar el artículo, afirmaron que habían ignorado su publicación, y afectaron asociarse á la irritación general, en lo cual fueron más sinceros de lo que generalmente se cree, pues ya en aquella época tenía el príncipe dos políticas, la oficial de sus ministros y la oficial de sus amigos personales. Y á menudo tenía, además, una tercera, la suya propia que caminaba tortuosamente entre las otras dos y á veces se contradecía con ambas. La Asamblea, en extremo excitada, votó la instrucción de diligencias y en 18 de julio compareció ante ella el gerente del *Pouvoir*, quien, á pesar de la defensa de M. Chaix-d'Est-Ange, fué condenado á 5.000 francos de multa. Luis Napoleón pagó, según se asegura (2), aquella multa y además al abogado.

Apenas zanjado aquel incidente, surgió un nuevo motivo de desavenencia. La Asamblea, que había resuelto suspender sus sesiones desde 11 de agosto hasta 11 de noviembre y que había de nombrar, en su consecuencia, una comisión permanente, aprovechó aquella ocasión para entregarse, á su vez, á las represalias. En aquella comisión, compuesta de veinticinco individuos y formada después de varios escrutinios sucesivos, no había más que partidarios de la política parlamentaria, tales como Odilón Barrot, Berryer, Molé, Julio de Lasteyrie, de Saint-Priest, Chambolle y Changarnier. Fueron elegidos algunos personajes muy hostiles al presidente, entre ellos el general Lamoriciere y M. de Mornay; en cambio, ninguno de los amigos particulares del príncipe resultó nombrado. Era no una candidatura de provocación, como se dijo, sino una candidatura de aprensión y desconfianza.

Uno de los diarios del Elíseo, el *Moniteur du soir*, no dejó de recoger aquello que afectaba considerar como un reto: «Esta elección de montañeses y de legitimistas es un ataque al presidente... ¿Quién podría censurarle si, agraviado por tal injuria, llevaba á cabo alguna violencia? La «popularidad del presidente es lo que irrita á los legitimistas, quienes tras la popularidad corren sin poder alcanzarla... Si creéis, añadía insolentemente, que el país está con vosotros, os equivocáis. ¿Qué responderían los electores si mañana se les decía: Entre la Asamblea y el presidente, escoged (3)?»

Como se acentuaban de una y otra parte las animosidades, los representantes quisieron protestar contra esos nuevos ultrajes. Un miembro de la izquierda denunció el *Moniteur du soir*, pidió la comparecencia del gerente ante la Asamblea y aun propuso una información parlamentaria para descubrir al autor del artículo. A estos ataques de la Montaña respondió M. Baroche al principio con altanería un tanto desdeñosa; pero habiendo M. Baze intimado al ministerio que tuviera en consideración la dignidad del Parlamento, el ministro

(2) Granier de Cassagnac, *Souvenirs du Second Empire*, tomo I, pág. 101.

(3) *Moniteur du soir*, 25 y 26 de julio de 1850.

volvió á subir á la tribuna y con extremada vehemencia protestó contra toda idea de un golpe de Estado. Después de estas seguridades, pasóse á la orden del día, pero sin que las desconfianzas quedaran apaciguadas.

En tales disposiciones separáronse los representantes en 11 de agosto. Y entonces sucedió lo que había de suceder fatalmente, que rota la concordia, la mayoría renunció á aquella especie de tregua de los partidos que se había mantenido durante el año anterior, y los individuos de la misma, considerándose libres, se fueron allí donde les llamaban sus preferencias: los legitimistas dirigieron sus miradas á las orillas del Rhin, en donde estaba su príncipe, y los orleanistas fijaron las suyas en Claremont. En cuanto á Luis Napoleón, sin dejar de disimular sus intentos, dedicóse á ponerse en comunicación con la opinión pública y á recorrer una nueva etapa del camino de su fortuna. Estas negociaciones, estas competencias, estos viajes y estas intrigas llenaron el período de las vacaciones parlamentarias.

III

Por virtud de la doble abdicación de su abuelo Carlos X y de su tío el duque de Angulema, era Enrique Diosdado, duque de Burdeos, desde 1830 el representante hereditario del derecho monárquico. Tenía entonces diez años apenas y el día de su advenimiento había sido para él el de su partida para el destierro. Los aldeanos de Normandía, al ver pasar á través de sus campos al niño fugitivo, se habían sentido conmovidos por tan precoz infortunio: «¡Cómo!, decían, ¡tan joven y ya destinado al infortunio (1)!» La familia real se embarcó en Cherburgo y se establecieron primeramente en el castillo de Holyrood, en Escocia; pero después los azares de su existencia errante llevaron sucesivamente á los proscritos á Praga, á Goritz, en donde murió Carlos X, y á Frohsdorf, aldea de las inmediaciones de Viena, en donde se fijaron definitivamente, por lo menos tan definitivamente como pueden hacerlo los desterrados.

Durante aquellas peregrinaciones, el duque de Burdeos había ido creciendo y llegado á la edad viril: algunos de sus amigos le llamaban Enrique V, como si ya hubiese reinado; pero él adoptó muy pronto el nombre de conde de Chambord, en recuerdo de la magnífica posesión que le había sido ofrecida al nacer y que se había adquirido por suscripción nacional. Su alma estaba impregnada de las saludables impresiones que nutrieran su juventud: Carlos X le había enseñado la lealtad, el duque de Angulema la piedad y la modestia, y la duquesa de Angulema, hija de Luis XVI, la paciencia y la sumisión á la voluntad divina. Su vida retirada, algo solitaria, le dejaba largos ratos libres que ocupaba útilmente, estudiando con aplicación concienzuda las letras, la política y sobre todo las cuestiones sociales. Estaba dotado de una gran inteligencia educada por el trabajo y un tanto especulativa como la de todos aquellos que se instruyen más en el trato de los libros que en el de los hombres. Ni las precoces tristezas del destierro, ni las prácticas de una devoción casi austera, habían extinguido en él las vivezas de un ingenio ori-

(1) Barrot, *Mémoires*, tomo I, pág. 170.

ginal, despierto, pronto á las agudezas; por ciertas alegrías genuinamente francesas, por ciertas frases felices, reconocíase en él al descendiente de Enrique IV. Las estancias en Frohsdorf alternaban con largos viajes, esas ordinarias distracciones de los proscritos; y en las cortes de Europa llamaron la atención la gracia del príncipe, su fisonomía leal y animada por una mirada bella y luminosa, y su porte lleno de dignidad y apenas alterado por una ligera cojera, no causando menos admiración la solidez de sus conocimientos, la madurez de sus juicios y sobre todo la soltura modesta y arro-



La reina María Amelia. (Galería de Chantilly.)

gante con que llevaba el gran nombre de Borbón. En 1843, el conde de Chambord había querido ponerse en comunicación más directa con Francia y á este efecto fué á Londres en donde recibió á sus fieles partidarios; ya se recordarán los incidentes tumultuosos que se produjeron en el seno del Parlamento cuando la Cámara de los diputados, obedeciendo á una desdichada inspiración, se creyó en el deber de *difamar* á los peregrinos de Belgrave-Square.

Sin embargo, la aparente solidez del trono de Julio desconcertaba las más robustas ilusiones, y los años transcurrían sin que los desterrados vislumbraran un solo rayo de esperanza. En 1846, el conde de Chambord casóse con María Teresa de Este, princesa de Módena, y también con este motivo fueron algunos amigos á saludarle; pero salvo algunas raras manifestaciones, los realistas acogíanse á una especie de resignación algo altiva que era á la vez su dignidad y su debilidad. De todos los hábitos el más fácil de contraer es el de la ociosidad y se contrae sin escrúpulos cuando la pereza se cubre con la máscara de la fidelidad. En París ó en los paternos campos, los legitimistas se apartaron de los negocios y de la política, y aun cuando su partido tenía dos representantes en extremo ilustres, Chateaubriand y Berryer, el primero, viejo y contrastado, era más á propósito para desalentar que para infundir ánimo, y el segundo, dotado de una palabra brillante y